

SUDAN

EL GOLPE MAHDISTA

Por JUAN
ALDEBARAN

Dicen que el Imán El Hach el Mahdi ha muerto cuando intentaba pasar la frontera de Etiopía, en busca de asilo, tras el fracaso de su rebelión contra el gobierno sudanés, pero un mahdi nunca muere. Un mahdi, en la religión islámica, es un enviado de Alá encargado de terminar la obra del profeta —Mahoma— y de exterminar a los infieles. En otras palabras, es un mesías.

La llegada, el advenimiento del mahdi comenzó a ser predicada en el mundo islámico hacia el siglo X. Desde entonces han surgido muchos supuestos mahdies, pero hubo que esperar hasta fines del siglo XIX para que, en el Sudán, apareciera un mahdi con fuerza histórica. Se llamaba Mohammed Ahmed y era carpintero. Carpintero de barcos en la isla de Aba —dentro del Nilo—, la misma isla de Aba que el mahdi actual convirtió en fortaleza para la sublevación contra el gobierno de Numeiri. Una isla-fortaleza donde estaba «la esperanza de Alá», sustentada con una fabulosa cantidad de armas modernas, acumuladas durante diez meses y llegadas probablemente de Etiopía, de Arabia Saudita. Con el impulso lejano, pero decidido, de los Estados Unidos. La oportunidad política de este mesías: tratar de romper la unidad Libia-Egipto-Sudán. Un episodio en la guerra de Oriente Medio. Un mahdi muere, sale otro.

EL CARPINTERO DEL NILO

En la isla de Aba, el carpintero Mohammed Ahmed era un iluminado. La isla es una etapa en el camino de La Meca. El carpintero predicaba a los peregrinos, les vendía reliquias, fortaleza su fe. A los veintisiete años era el jefe de la cofradía de los gurschi.

En aquella época, el Sudán era una colonia de Egipto. Una colonia brutalmente tratada. Los sudaneses negros eran la caza predilecta de esclavos de los mercaderes árabes. Mohammed Ahmed decidió proclamarse mahdi y lanzar la guerra santa. Rápidamente, levantó un ejército, y el ejército fue victorioso. El Mahdi y sus derviches, sus guerrilleros iluminados, vencieron a los egipcios. Gran Bretaña —protectora de Egipto, explotadora del Sudán— decidió mandar al general Hicks; el general y diez mil soldados perecieron ante los mahdistas.

Gran Bretaña mandó a Gordon, «El Chino». Uno de los militares aventureros, mezcla de intrigantes, provocadores, héroes románticos, espías y falsarios con que construyó el Oriente Medio: como Lawrence, como Glubb Pachá, como Kitchener. Gordon, veterano de Crimea, de China —donde había aplastado la rebelión de Taiping—, organizó la defensa de Jartum, capital del Sudán. Los mahdistas le sitiaron durante un año entero, tomaron al fin la ciudad, mataron a Gordon a la puerta del palacio y pasearon su cabeza al extremo de una lanza. Pero poco después, el enviado de Alá, el mahdi Mohammed Ahmed, moría de fiebres tifoides.

Aún así, sus fieles resistieron doce años más, hasta que llegó Kitchener, el hombre que llegó de camillero a ministro de la Guerra y conde de Kitchener, para morir ahogado, en la guerra europea, cuando el «Hamshire», en que navegaba a Rusia, fue tocado por una mina alemana. Kitchener fue nombrado «sirdar» —jefe supremo— del ejército egipcio y emprendió la conquista del Sudán, que consiguió principalmente en las batallas históricas

de Omdurman y Fachoda. Si en Omdurman acabó con los derviches, en Fachoda destruyó unas unidades francesas que habían avanzado —en una expedición de dieciocho meses— desde Brazzaville. Evitó así una expansión colonial francesa, para implantar el dominio británico del Sudán. Fue el Sudán anglo-egipcio.

Kitchener tuvo un gesto salvaje, pero meditado. Abrió la tumba donde el mahdi llevaba ya doce años, sacó sus restos y los arrojó al río. Trataba así de cortar el paso al mahdismo. No lo consiguió. El propio imperio británico ayudó a conservar la leyenda. El mahdismo le interesaba desde el momento en que era un movimiento fundamentalmente antiegipto. Ganarse a los derviches suponía contar con un ejército duro y decidido que podía evitar la influencia egipcia y la de potencias europeas.

UN HIJO POSTUMO

El carpintero del Nilo había tenido un hijo póstumo, Abderramán, un hijo nacido cinco meses después de su muerte. Los mahdistas entendían que era una reencarnación: los ingleses sostuvieron esta idea y crearon el personaje. Institucionalizaron el mahdismo. Convirtieron en baronet a Abderramán, ya llamado automáticamente el mahdi, y le entregaron una enorme fortuna. En la isla de Aba, los lugares donde vivió, trabajó y predicó el carpintero se convirtieron en santuario. Allí elevó su hijo un conjunto de palacios, para él y sus cuatro mujeres, siete hijos y trece hijas. Y su yate, sus cuatro Rolls, su flota de coches americanos y sus cuadradas, con cuatrocientos caballos árabes. Abderramán levantó un mausoleo con cúpula de plata: sus fieles creyeron que allí estaba enterrado el primer mahdi. Sus fieles lo creyeron todo. Se turnaban para trabajar gratis en los campos de algodón de Sir Abderramán, cuya fortuna crecía continuamente.

Pero Sir Abderramán cumplía bien el trabajo encargado por los ingleses. La secta mahdistas, llamada hoy ansar, se convirtió en partido político. El «Umma» es la nación musulmana, el cuerpo del Islam. El Umma es lo que llamaríamos un partido integrista, basado en las nociones más feudales del antiguo Islam, enemigo de todo progreso no religioso. El Umma es un partido que lucha contra toda unidad, contra Egipto. Con Israel a un lado y un Sudán mahdista al otro, Egipto no podría moverse. Es una clave de Oriente Medio.

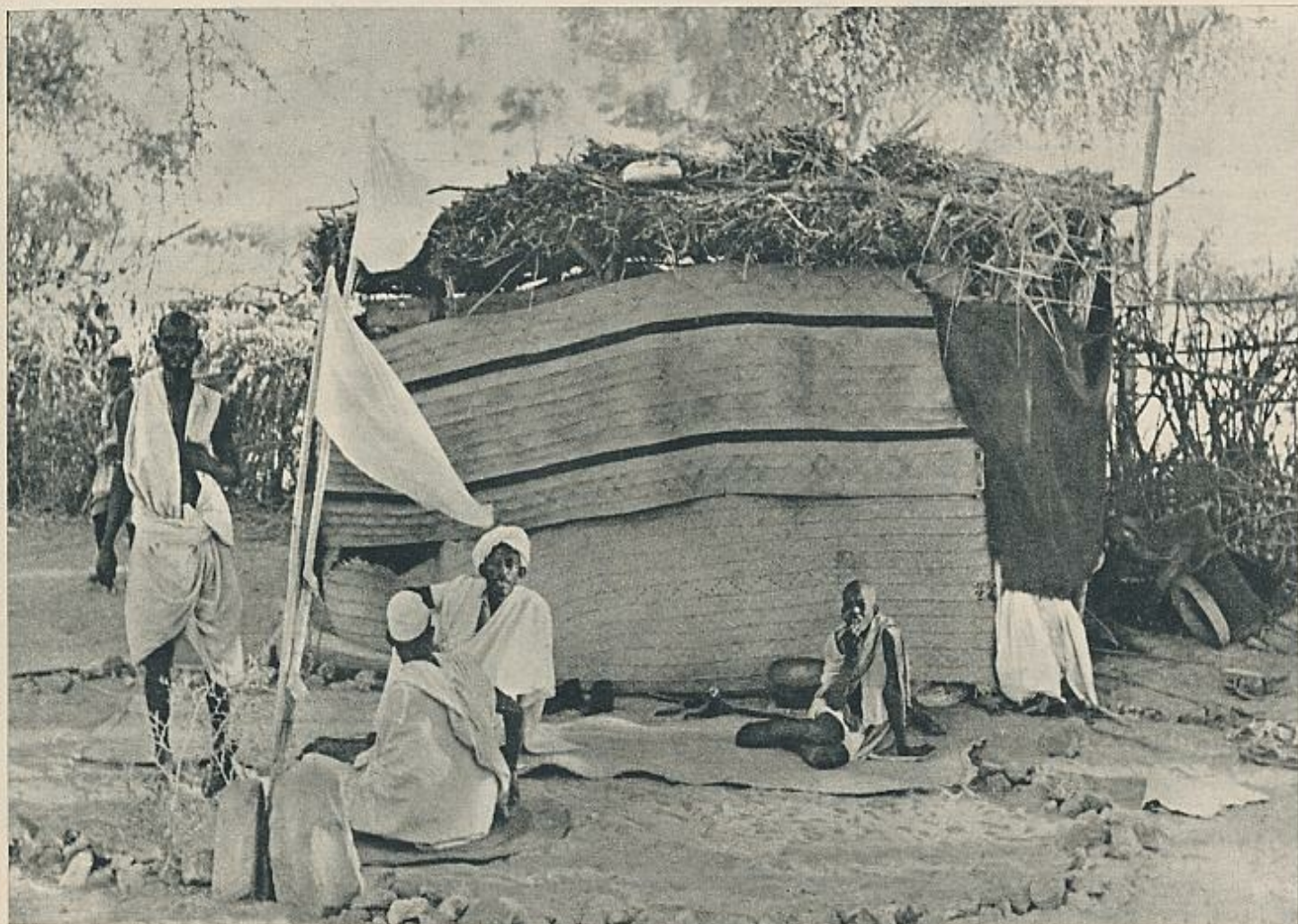
LA REPUBLICA AUTORITARIA

Pero Sudán no es sólo el mahdismo. No ha tenido la fuerza de conquistar el poder, como se esperaba. El Sudán tiene una parte Sur cristiana y animista que odia a todo árabe, a todo musulmán, porque ve en él a un tratante de esclavos. Y porque sigue siendo la zona más pobre de un país pobre, la zona explotada. El Sudán llamado negro —negros son todos los sudaneses, con diferentes tonos de piel— ha tratado de independizarse y se ha sublevado muchas veces. No lo ha conseguido.

Por otra parte, entre los musulmanes, los mahdistas son considerados como arcaicos. Hay musulmanes modernos o considerados modernos, considerados progresistas. La secta de los jatmitas se opone a la de los mahdistas y ha segregado su partido, el N.U.P. (Partido Nacional Unionista); propugna la unión islámica, la unidad con Egipto. La lucha entre estos dos partidos, el problema de los suda-



Este era el actual Mahdi de Sudán. Las noticias más recientes indican que ha sido muerto cuando intentaba cruzar la frontera de Etiopía con alguno de sus partidarios. Pero la agitación sudanesa no terminará: es una buena llaga para herir el costado árabe del Oriente Medio...



El marabut, santón musulmán: llega de cualquier parte, erige su choza y planta su bandera blanca. Hay muchos predicadores. En la isla de Aba, el carpintero Mohammed Ahmed era un iluminado. La isla es una etapa en el camino a La Meca. El carpintero predicaba a los peregrinos, les vendía reliquias, fortalecía su fe. A los veinte años era jefe de la cofradía de los gurschi...

neses del Sur y el intento de unidad nacional dominan la política del país desde la independencia. Golpes de estado y anulaciones de constitución, gobiernos de coalición, nuevas rupturas, encarcelamientos y persecuciones, sucedidas en poco tiempo, proceden de estas cuestiones.

En 1961, el general Ibrahim Abud dio un golpe de estado, suprimió todas las libertades, proclamó la «república autoritaria» y metió en la cárcel a los líderes de la oposición. Proclamó el Islam religión del estado y expulsó a los misioneros. Sometió el Sur. Pero, en 1964, un grupo de izquierda le separó del poder. Se formó un gobierno con algunos progresistas, pero los líderes religiosos proclamaron la guerra santa y, sin necesidad de acudir a ella, el gabinete se hundió. Golpes y contragolpes se sucedieron después vertiginosamente. Hay asociaciones políticas militarizadas, como la Amya Nya, de sudistas, que mantiene una rebelión latente. La situación aguda de guerra contra

Israel no hizo más que atizar la gran hoguera sudanesa. Mientras el Sur se sentía escasamente preocupado por el problema, los dos grupos musulmanes dominantes se dividían acerca de la forma de actuar.

EL PACTO DE TRIPOLI

Pero en diciembre pasado se firmó el llamado Pacto de Trípoli, por el cual la nueva Libia revolucionaria, Egipto y el Sudán del general Numeiri decidían una unión estrecha entre sí, que podrá conducirles a una federación o confederación.

Era un intento que para los países conservadores, para Israel y para los Estados Unidos no tenía nada de grato. De sus manos han debido salir las armas, el estímulo y la ayuda para que el actual Mahdi —sobrino de Sir Abderramán— levantara de nuevo la bandera de la guerra. Era una aventura con muchas pro-

babilidades. Los mahdistas suman aún un millón. El ejército que el Imán había conseguido reunir en la isla de Aba se estima en treinta mil hombres, y las armas, si escuchamos lo que dice el gobierno de Jartum, eran un arsenal fabuloso.

Hubo momentos de apuro en los arrabales de Jartum: Egipto y Libia ofrecieron inmediatamente su ayuda. Los «Mig» egipcios atacaron la isla de Aba, mientras Nasser despachaba a Jartum al vicepresidente Sadat y el coronel Jaddafi ponía en estado de alerta a las tropas libias y anunciaba a Jartum que estaba dispuesto a enviar un cuerpo expedicionario para aplastar la rebelión mahdista.

La rebelión ha sido aplastada; el mahdi, muerto cuando huía, si son ciertas las últimas noticias. Pero cabe dudar que estas noticias sean las últimas. La agitación sudanesa es una buena llaga por donde herir el costado árabe en el Oriente Medio, y se tratará, con el transcurso del tiempo, de mantenerla abierta.